

JEAN-RENÉ AYMES

Ilustración y Revolución francesa en España

Prólogo de ALBERTO GIL NOVALES

editorial
MILENIO
L L E I D A, 2 0 0 5

*Esta obra ha sido publicada con una
subvención de la Dirección General
del Libro, Archivos y Bibliotecas
del Ministerio de Cultura.*

© Jean-René Aymes, 2004

© de esta edición: Editorial Milenio, 2009

Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

www.edmilenio.com

editorial@edmilenio.com

Diseño de la cubierta: Mercè Trepàt

Primera edición digital: noviembre de 2009

Esta edición corresponde a los contenidos de la primera edición en
formato papel, de diciembre de 2005

ISBN: 84-9743-319-8

PRÓLOGO

Jean-René Aymes es hoy uno de los historiadores franceses más conocidos y apreciados en nuestro país, entre el público culto, se entiende. Fama tan merecida la debe a sus libros sobre *La Guerra de la Independencia en España*, *La Guerra de España contra la Revolución francesa* y *La Deportación bajo el Primer Imperio (Los españoles en Francia, 1808-1814)*, tan oportunamente aparecidos, traducidos y editados en España; y a una impresionante cantidad de ensayos y de comunicaciones a Congresos científicos, la inmensa mayoría de tema español y escritos en francés o en español. Algunas cualidades me parece oportuno destacar en el universo *aymesiano*: su dominio total de las dos literaturas, española y francesa, en los ámbitos en los que se mueve: los siglos XVIII y XIX. La palabra "literatura" hay que entenderla aquí en un sentido histórico: el transcurso de los hechos, que se decantan en el tiempo, atendiendo primariamente a los factores de civilización, de relaciones entre los dos pueblos al Norte y al Sur de los Pirineos, a las premisas ideológicas y de cambio, en una palabra, a lo que clásicamente se llamó la evolución de las mentalidades, y ahora se cubre con el manto de la sociabilidad o las sociabilidades.

Naturalmente todo eso se hace con un inmenso esfuerzo, una inmensa dedicación, porque en Francia, lo mismo que en España, no se pescan peces a bragas enjutas. No sólo dedicación; también predisposición a desentrañar, a entender, los conflictos. Apelando a otro refrán, en el universo de Aymes nadie es más que nadie. Con frecuencia los problemas a los que se enfrenta se manifiestan a través de violencias pavorosas, porque la vida, habrá que reconocer metafísica y kantianamente, es violencia. Ante ello la posición de Aymes no es de neutralidad, porque hace ya muchos años, probablemente en la escuela, la formidable escuela francesa, aprendió el viejo principio de Terencio de que nada humano le es ajeno. No es neutralidad lo suyo, ni tampoco cómodamente objetividad, aunque por supuesto jamás se interpretará con falsía, pero a conciencia, ningún documento. Acaso la palabra que más convendría ante la aproximación de Aymes a sus temas es la de lealtad: lealtad al mismo tiempo, para evitar los anacronismos, y a los hombres que analiza, pero lealtad también

a los temas en sí, que tienen su lógica, y no pueden ser distorsionados por la ambición o la conveniencia.

Con todo lo dicho, Aymes es un escritor sencillo, nada engolado. Se cuenta de un historiador del siglo XVIII, consciente de su propia categoría, que estaba muy orgulloso con una lista de obispos de los primeros siglos del Cristianismo, que había confeccionado. El descubrimiento en un remoto convento de un nuevo códice le demostró que había cometido una grave equivocación. Tanta rabia le dio, que resolvió el problema arrancando la página que le incriminaba. Este tipo de historiadores dominados por la negra honrilla abundan más de lo que parece. No es Aymes uno de ellos: de allí su sencillez y también su maestría.

Cuando expone una cuestión, sospechamos que Aymes tiene ya su criterio formado, pero no quiere hablar *ex cathedra*. Si no fuese una palabra demasiado gastada en nuestros días, diríamos que recurre al diálogo (gastada porque algunos políticos nuestros suelen llamar diálogo al *fait accompli*). Su método preferido es el cartesiano, no en vano se le bautizó René como al filósofo, lo que parece un vaticinio. Sobre todo Aymes afila el método, camina con pies de plomo, en los temas tan frecuentes de enfrentamiento entre españoles y franceses, en los que intervienen vidriosas cuestiones de sentimientos nacionales, y dentro de España, de mentalidades regionales; o aquellos otros, que son casi todos, en los que por un lado irrumpe la Revolución francesa, y su tremenda descendencia, y por otro el mundo subpirenaico, con su consistencia y sus razones, pero un poco turulado por la sorpresa que le producen los sucesos de ultramontes. Aymes naturalmente tiene su criterio formado, pero no lo impone a la prusiana; razona consigo mismo, y con el lector, y aun a riesgo de parecer paradójico evita siempre herir susceptibilidades, aunque al final todo se resuelve como era previsible. Aymes es un historiador suasorio, no un demoledor de ruinas, que tiene la suprema habilidad de transformar sus convicciones en pedagogía.

Y Aymes es también —por aquí debiera haber empezado— un hispanista. Alguna vez me he referido a esta rara especie, un poco extendida por todo el mundo, pero muy particularmente por Francia, esta rara especie de hispanistas. Se trata de personas que son franceses o ingleses, rusos, italianos, alemanes, norteamericanos y otros, como sus vecinos de escalera. Pero estos llamados hispanistas conocen el mundo español, o hispano porque también tienen presente a América, mucho más y mejor que los mismos españoles y, por supuesto, que aquellos a los que he llamado sus vecinos de escalera —la inmensa mayoría. Lo conocen y lo aman: y esto es sencillamente lo maravilloso, lo que jamás podremos pagar suficientemente los españoles. La suya es una dedicación científica, pero su campo de estudio no es el nobilísimo del hombre primitivo o de los cataclismos geológicos, sino un pueblo o unos pueblos que estaban vivos en la época considerada, y siguen vivos en la actualidad. Esto es lo que da su emoción al hispanismo, que no trabaja sobre la materia inerte, sino que mete

su escalpelo en el corazón mismo de la vida. Supongo que lo mismo pasará con los devotos de otros pueblos, italianistas, germanistas, etc. No somos únicos. Pero yo como español, sólo puedo sentir primariamente la emoción de la comunidad científica hispanista. Que me sea permitido el pequeño orgullo de sentirme bien acompañado. Para no idealizar demasiado, es verdad que se dice de muchos hispanistas que tienen sus *tics*. Bueno, pues el que no los tenga, hispanista o no, que tire la primera piedra. El ser hispanista no hace perder la condición humana, nada menos que todo un hombre, como decía Unamuno.

Jean-René Aymes, estaremos todos de acuerdo, es un hispanista. Ya he indicado que sus libros más importantes han aparecido en español. Ahora reúne en un volumen una muestra de su enorme labor dispersa que, publicada en francés o en español, se había hecho muy difícil de alcanzar para un público amplio. *Ilustración y Guerra Gran* se articula en dos grandes apartados: la España ilustrada y España ante la Revolución francesa. En la primera parte se ocupa con maestría de las escuelas elementales y técnicas, que los ilustrados tratan de sustraer al siempre ominoso control eclesiástico, la nueva pedagogía que trata de desterrar de las escuelas los castigos bárbaros, la evolución del catecismo religioso al político, la ciudad ilustrada bajo el signo del “horror, la alabanza y el sueño”, es decir, la enumeración de los que echan pestes de las ciudades españolas por su estado calamitoso o simplemente abandonado, los que las defienden, porque ven sobre todo sus aspectos atractivos o la consideración de que algo está cambiando en sentido positivo o, en fin, los proyectos embellecidos de ciudad futura, con agua y canales, en los que la arquitectura entra ya en los dominios de la utopía. Finalmente, la carretera, la vía de comunicación, como escribe el autor, entre la desolación y la esperanza. Trabajos admirables por la densidad de la aportación documental, y por el inteligente tratamiento, lleno de sugerencias, que se da a los datos.

La segunda parte es un poco mayor que la primera. Aymes empieza considerando la opinión que se tiene de Francia en España durante el período revolucionario, que no puede ser más negativa, ya que se trata de hombres inveteradamente de Antiguo Régimen, incapaces de comprender nada. El panorama es lamentable, pero muy pronto van a aparecer otras voces que me hacen pensar que, incluso en esta época, estaban ya incubándose. Pienso por ejemplo en el cura Posse: el hecho de que sus famosas *Memorias* sean muy posteriores no empece que su juicio sobre la Revolución se haya forjado en caliente; pero entonces no tenía acaso la oportunidad de expresarlo. Las respuestas regionales españolas ante el fenómeno revolucionario abarcan la complejidad del fenómeno catalán y vasco, con sus concomitancias y sus grandes diferencias, y siempre sobre todo con su gran complejidad. El autor, que puede ayudarse de libros recientes de categoría —y también antiguos, como el célebre de Ossorio y Gallardo sobre el pensamiento político catalán— aplica su análisis, descartando

los cantos de sirena de la aventura, y manteniéndose fiel a una interpretación que camina mesurada, hasta resolver coherentemente el rompecabezas: fuerzas en presencia, tensiones, contradicciones, todo acaba sometiéndose a una comprensión racional.

El discurso clerical contrarrevolucionario es una constante que el autor va enumerando con asombro y elocuencia. Admirable como es este ensayo, como todos los demás, el autor corre el peligro de que se le interprete como algo exclusivo de España, cuando a mí no me parece muy diferente del que se daba, en ese ámbito, en países como Italia o Inglaterra. Esta última fue una especie de gran fábrica de pensamiento reaccionario, oportunamente aventado sobre todo el continente. Claro está que en Inglaterra o en Italia o en otros países surgió también otro tipo de pensamiento, más generoso y abierto al futuro. Depende sólo del nivel en que nos situemos, pero la sorpresa que da Inglaterra para los que la imaginan sólo como el primer país constitucional del mundo —que también lo era— es de órdago.

En *Una guerra distinta de las demás* el autor discurre sobre las características algo arcaicas del conflicto de 1793, para el que parece adoptar la denominación catalana, muy plausible, de “Guerra Gran”. Después Aymes pasa a estudiar lo mismo, como prefiguración de la guerra de 1808. Son dos operaciones intelectuales perfectamente separables, buena muestra del método de nuestro autor: primero, la guerra de 1793-1795 en sí misma, como si el resto del mundo no existiera (esto es lo que hacen los científicos, cuando aíslan un objeto en el laboratorio). Después, las semejanzas y diferencias entre este conflicto y el siguiente, separados por apenas quince años. Nadie podrá confundir a uno con otro, no son iguales, pero algunas características que están como larvas crecen de repente hasta alcanzar pleno desarrollo. Esas características son como los zarcillos que lanzan algunas plantas, en busca de agarraderas.

Luego ya la Revolución francesa en pleno, siempre bajo una consideración española. Atendiendo a las repercusiones político-ideológicas de la gran Revolución, el autor esboza una síntesis, como dice, o sea, ofrece un denso panorama de la cuestión. El ensayo final, recientísimo, presenta los ecos españoles de la tríada o divisa trina (así la llama): *Libertad, Igualdad, Fraternidad*. Rico en sí mismo, como todo el libro, este tema final incide en sorpresas, que son como aldabonazos en lo profundo de nuestro siglo XIX.

Séame permitido manifestar mi contentamiento por el papel, que me ha correspondido, de heraldo de tan excelente obra. Espero que los lectores, cuando lo tengan en sus manos, comprenderán mis razones.

Alberto GIL NOVALES

Catedrático emérito de Historia Contemporánea
de la Universidad Complutense

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Estas páginas podían haberse titulado, para mayor claridad y con una pizca de autoirrisión: fragmentos de un “testamento intelectual” entremezclados con “recuerdos de un anciano” hispanista...

Cuando uno, joven y novato, se lanza a investigar, en general preparando una tesis de doctorado, ha de ser harto presumido o tener una gran seguridad en sí mismo para pretender inventar en seguida una metodología o esbozar alguna gran hipótesis interpretativa. Por mi parte, no me pasó por las mientes esa pretensión, pero sí tomé la resolución —a la que no he renunciado, aunque no es científica— de seguir fiel, en lo posible, a una especie de herencia ideológico-cultural de índole familiar, que me hacía considerar —y sigue haciéndome considerar— con manifiesta simpatía, en particular el pensamiento y la política de izquierdas, el republicanismo de talante jacobino, el laicismo, el intervencionismo autoritario y regulador del Estado...

Cuando, por motivos múltiples y convergentes, mis estudios universitarios me llevaron hacia el idioma castellano y la civilización española contemporánea, me aparecieron pioneros o fundamentales o modélicos, allá por los años 1960-1970, algunos libros entre los que destacaban los de Albert Soboul sobre la Revolución francesa, de Pierre Vilar sobre *Cataluña en la España moderna*, de Jean Sarrailh sobre *La España ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII*, de Manuel Tuñón de Lara sobre *La España del siglo XIX*, y asimismo los libros de los “Cuadernos para el diálogo” que recogían las actas de los (ahora famosos) coloquios de Pau. Gracias a éstos, tuve la inestimable ventaja de darme a conocer en España y de tratar con varios (ahora eminentes) historiadores españoles, unos de los cuales (a su cabeza está Alberto Gil Novales) han pasado a ser amigos con quienes he contraído deudas por su ayuda o demostraciones de estima intelectual. Supongo que los hispanistas “contemporaneístas” de mi generación (Claude Morange, Jacques Maurice, Jacques Soubeyroux, Lucienne Domergue, Gérard Dufour...) o un poco anteriores a la mía (Robert Marrast, Albert Dérozier, René Andioc, Guy Mercadier...) o más jóvenes (Carlos Serrano, Jean-François Botrel, Serge Salaün...) tendrán —o tendrían— en su biblioteca

personal, al alcance de la mano o presentes en su memoria, esos libros o artículos “de consulta”, ya clásicos o imprescindibles, que llevan los nombres o firmas de los Vilar, Sarrailh, Demerson, Tuñón de Lara, Artola, Abellán, Domínguez Ortiz, Mainer...

Naturalmente, cada uno de los hispanistas de mi generación siguió su propia trayectoria que en general recibió, en la universidad francesa, la impronta de algún “maître à penser”, como lo fueron Marcel Bataillon para la España clásica y Maurice Molho para la lingüística. En mi caso, con la distancia, ya calibro la influencia que tuvieron dos de mis profesores, ambos del Instituto de Estudios Hispánicos de la Sorbona. El uno ha sido Louis Urrutia que, por ser vasco y vascófilo, vino a ser —al margen de su interés por Unamuno— amigo de Julio Caro Baroja; gracias a él se profundizó mi afición a la novela española realista (Pérez Galdós), naturalista (Clarín) y barojiana. El segundo hispanista con quien traté ha sido Aristide Rumeau, mi primer director de tesis, luego sustituido por Paul-Jacques Guinard; Rumeau tuvo sobre mí una influencia doble, una benéfica, otra —me cuesta decirlo— perjudicial. Benéfica, porque él era positivista “a la antigua usanza”; rendía culto a “la religión de los hechos”; exigía la precisión, la tenacidad; quería que no se diera un pasito hacia adelante antes de tener la certidumbre de que el terreno que se iba a pisar era firme; para él, contaban más que todo los descubrimientos realizados en archivos. De ahí los casi diez años gastados en la preparación de la tesis sobre *Los españoles en Francia, 1808-1814* (1983 en Francia, 1987 en España), porque Rumeau me había revelado la existencia, asombrosa y prometedora, en los archivos militares de Vincennes, de varias decenas de legajos nunca examinados, ni siquiera registrados detalladamente. De ese escrutinio, realizado con minucia, salió una obra tupida, sólidamente organizada —otra firme exigencia de Rumeau—, pero esencialmente analítica, a la que faltaba altura de vistas. Respondía, eso sí, al criterio prioritario del director de tesis: la objetividad, dentro de lo que cabe. Por tener yo una formación básicamente literaria, había conseguido de él, sin embargo, que admitiera que, al lado de la transcripción de los documentos archivísticos, ocupara un espacio no exiguo el enfoque literario de los hechos, que distorsiona la visión pretendidamente objetiva y fidedigna, procedente del documento de primera mano. Trabajando sobre los prisioneros españoles, se me ofrecía así la grata posibilidad de integrar el estudio de los textos literarios que les evocaban (Mérimée, Pérez Galdós, Baroja...). Fui descubriendo la necesidad de calibrar, en el estudio de las transcripciones literarias de una realidad histórica, el impacto de la intención subyacente, del prejuicio, de la mala fe, del tópico, del deseo de ocultar, embellecer, engañar... De esa forma, irrumpía yo, sin haberlo pensado previamente, en el dominio del estudio de la imagen, de la mirada, es decir de un aspecto ajeno a la ontología —entendido este término como el conocimiento del ser en su esencia—, pero vinculado a la ciencia del conocimiento del ser

aprehendido a través de su exterioridad y comportamiento. De hecho, había abandonado definitivamente “la religión de los hechos”, por haberme dado cuenta, a lo largo de los innumerables días pasados en los Archivos Históricos Nacionales (París y Madrid) y en el Archivo Militar de Vincennes, de que ni las estadísticas elaboradas por las autoridades, ni los informes de los prefectos, alcaldes y oficiales del ejército, ni las listas nominales estaban exentos de errores, mentiras, olvidos y ambigüedades.

Si me hubiera contentado con publicar, de cada lado del Pirineo, el libro sobre *La deportación en Francia bajo el Primer Imperio*, sólo hubiera dejado la impresión de ser un manipulador —metafóricamente hablando— de la lupa y del escalpelo. Por eso decidí abandonar esa progresión a ras del suelo (y del documento), lanzándome a la aventura de una pequeña síntesis sobre *La guerra de la Independencia en España* (París 1973, Madrid 1975) que ha tenido, en España más que en Francia, un éxito para mí lisonjero e inesperado, porque era consciente de que en pocos capítulos o apartados había una aportación novedosa o una revelación llamativa. Peor todavía, era consciente de que, no siendo experto en temas militares, había mucho desenfado en pretender evocar el conflicto armado sin tener la capacidad suficiente para describir o comentar las batallas de Bailén o de los Arapiles. Pero ahora entiendo por qué el librito, parcialmente superado en cuanto al aparato en que se apoyó, conserva todavía, más o menos, su validez: los lectores debieron apreciar una tentativa de “historia total”. Y mantengo mi adhesión a ese enfoque historiográfico. En efecto, había procurado aunar varias clases de historia: la que concierne a la economía, la ideología, la problemática social, la vida cotidiana, las mentalidades, la opinión pública, la literatura en todas sus modalidades, las artes..., todo eso quizá en detrimento de la historia más tradicional: la diplomacia y la estrategia. Así se transparenta el intenso interés que despiertan en mí *La cartuja de Parma* de Stendhal, los *Episodios Nacionales* de Pérez Galdós, *Paz en la guerra* de Unamuno y las *Memorias de un hombre de acción* de Baroja.

Me hago cargo de que mi fidelidad a ese ideal de una “historia total” parecerá la actitud propia de un individuo exageradamente reñido con las modas y quizá intelectualmente anquilosado, pero quiero recalcar que la “historia total” no ofrece la solución más fácil para hacer historia, porque una cosa es yuxtaponer capítulos dedicados separada y sucesivamente a la economía, la diplomacia, la situación social, la literatura, etc. y otra cosa, mucho más ardua, es entender y explicar cómo esas realidades objetivas y mentales se combinan, respaldándose, anulándose, oponiéndose..., para engendrar el acontecimiento (político, social, léxico, artístico...) que se pretende referir y descifrar. La dificultad de ese tipo de empresa historiográfica es tan aguda que el observador puede sucumbir a la tentación de acudir a una escapatoria intelectual que consiste en ampararse tras un eclecticismo facilón y concluir que tal guerra, revolución, motín, abdicación,

tratado de paz, alianza... es el producto, más o menos fatal y previsible, de la combinación de varios agentes de distinta índole: económica, social, ideológica... La meta que, en mi concepto, ha de fijarse el historiador, consistiría, pues, en desvelar y luego en ordenar esos factores según su importancia variable y su respectivo papel, porque pueden ser factores determinantes, catalizadores, propicios, anexos, etc. que desencadenan, aceleran, frenan o suspenden momentáneamente un proceso histórico.

Huelga decir que esa pluralidad de enfoques excluye, a mi modo de ver, una historia únicamente “*événementielle*” (o sea una historia de los acontecimientos o sucesos) y, aun peor, anecdótica, pero también esa historia derivada del marxismo doctrinal que confería sistemáticamente la prioridad al juego de la economía y de los intereses vinculados con ella. Pero ¡cuidado con no caer de Caribdis en Escila! porque acuden a mi memoria los nombres de historiadores —hispanistas o no— que, tras haber sido discípulos de la escuela marxista, allá por los años 1960, se han alejado de los fenómenos socioeconómicos para decantarse por el estudio, menos comprometedor y menos saturado de ideología, de los símbolos, fiestas, folklore, imágenes, como si hubiera llegado la hora y la moda de la “historia virtual”: ¿Qué habría pasado si Napoleón hubiera triunfado en Waterloo? ¿Si Jovellanos hubiera respondido favorablemente a la propuesta amistosa de colaboración del general francés Sébastiani? ¿Si los emisarios españoles hubieran conseguido, por el soborno, que no se tomara en París la decisión de condenar a muerte a Luis XVI, etc.? Esa historia que está emergiendo tendrá el corto mérito de ser inocua, pero tendrá el inconveniente, redhibitorio, de eludir los grandes problemas. Además, no es para mí una ventaja, a fin de cuentas, el hacer inútiles las —a veces tediosas— investigaciones en los archivos y bibliotecas.

Una nueva historia —excluida aquí la “historia virtual”— quizá imponga la obligación de forjar un nuevo léxico, conceptual e instrumental, como en otras épocas cercanas a nosotros (en Francia, el gobierno colaboracionista de Vichy, el franquismo en España, la “guerra fría”...), la historiografía, entendida aquí como ciencia discursiva aplicada a los fenómenos históricos, se caracterizó por el empleo recurrente, en forma de “signo de reconocimiento”, de una alta cantidad de términos más o menos abstractos y globalizadores que bastaban para inscribir un estudio en tal o cual corriente de pensamiento: el catolicismo ultramontano, el fascismo, la reacción, el colectivismo, el laicismo, el liberalismo, el nacionalismo... En parte por temperamento, en parte por decisión reflexiva, evité —y ahora celebro el haber mantenido esa posición a contracorriente de una tendencia que llegó a ser predominante— cualquier planteamiento demasiado teórico, doctrinal y reductor, aunque ciertas nociones, ahora recusadas aquí y allá, como “intereses de clases”, “aparato de Estado” o “pensamiento reaccionario” me parecían, y me parecen todavía, adecuarse a la realidad española de la segunda mitad del siglo XVIII y primera del XIX.

Dicho de otro modo, lo que sí rechazo es “la escolástica”, entendida como adscripción a una escuela de pensamiento, que suele provocar deslices y deslizamientos mentales como la ceguera voluntaria, el mutismo calculado, el sectarismo, el terrorismo bajo todas sus formas, el nacionalismo xenófobo, la unilateralidad, el reduccionismo... Estos son, para mí, los principales escollos que ha de evitar el historiador.

Al mismo tiempo, procuro no caer en un “angelismo” sospechoso al sugerir que me acerco a la objetividad y que hago caso omiso de mis credos y preferencias. En mi libro sobre los españoles deportados a Francia durante la guerra de 1808-1814 no disimulé que no compartía, sobre tal o cual punto, las opiniones de Menéndez y Pelayo, Comellas, Marañón. En este momento, incluso me hago el reproche de no haber expresado más claramente mis motivos de admiración, aprobación o rechazo, para que los lectores no se pudieran llamar a engaño. Por ejemplo, cuando mencioné el proyecto de reforma escolar de Cabarrús, tendente a crear una escuela de primeras letras en cada pueblo, a confiarla a un simple ciudadano leído y lleno de espíritu cívico, y a asignar al párroco un exclusivo magisterio religioso, podía no haberme amparado tras un escrúpulo intelectual y haber estimado explícitamente que esa reforma era, a mis ojos, legítima y benéfica. Estudiando la guerra entre España y la Convención, también desaproveché, por el mismo motivo, la oportunidad de dejar entendido que las atrocidades cometidas por los soldados franceses contra las iglesias y los sacerdotes me parecían unos lamentables desmanes y un error imperdonable, que sin embargo no me impedían considerar, en mi fuero interno, que hubiera sido bueno para España que los soldados de la Revolución ocuparan todo el territorio, destronaran a Carlos IV, acabaran con el antiguo régimen, redujeran el poder material de la Iglesia, etc.

A una ambición, quizá desmedida, cuando uno pretende estudiar algunos aspectos determinados de una civilización o una cultura en el transcurso de una centuria —para mí, España entre 1750 y 1850— han de responder naturalmente un ensanchamiento y una diversificación del material examinado. Allá en los años 60, había investigadores franceses y españoles que, aunque trabajaban en dominios limítrofes, sólo frecuentaban, unos los Archivos Históricos Nacionales (de París o de Madrid), otros las hemerotecas, otros los archivos de museos. Ni se trataban unos a otros, ni coincidían en coloquios, ni conocían sus trabajos mutuos. La culpa de esa segregación aceptada, la tenía principalmente lo hermético de las fronteras que se habían levantado para la protección de los respectivos feudos, llamados Literatura, Lingüística, Historia política, Historia del arte... Ese encasillamiento, rigidez y privación de libertad eran especialmente perjudiciales e insoportables para los hispanistas que llevaban la etiqueta, sin exacto equivalente en España, quizá específicamente francesa, de “civilisationnistes”. A esa categoría pertenezco, con perdurable satisfacción mía, porque

la dilatada extensión de los campos que puede abarcar el estudio de la “civilización” y de la “cultura” permite que la mirada y la reflexión reúnan cantidad de realidades colectivas merecedoras de examen, como son la literatura, el idioma, las mentalidades, las creencias, las costumbres, las modas, los espectáculos, la sociabilidad... El “civilisationniste” se alza, tal vez mediante malabarismo intelectual, a la categoría de hombre-orquesta, acudiendo a las aportaciones eruditas de los investigadores pertenecientes a los dominios y especialidades tradicionales. Por supuesto, el “civilisationniste” que se contente con espigar aquí y allá, con pedir prestados datos e ideas a sus colegas historiadores, lingüistas, etc, con interrogar las bases de datos en su ordenador, sin salir de su torre de marfil (su despacho), sin viajar al extranjero, no llegará a la clase de “investigador de categoría”, a no ser que tenga las dotes suficientes para trazar vastos panoramas y componer luminosas síntesis. El “civilisationniste” modélico ha de ser un trotamundos, en primer lugar para acudir a bibliotecas, archivos y hemerotecas, y en segundo lugar para participar en coloquios y congresos con el fin de enterarse, con mucho provecho para él, de los recientes descubrimientos de sus colegas que trabajan en campos fronterizos. El “civilisationniste”, glotonamente curioso de todo, va aprendiendo sin cesar y, por tanto, enriqueciéndose, sin dejar de comunicar su saber a los demás.

Esta es, a mi modo de ver, otra obligación del investigador actual, con la que procuro cumplir. Mi ex director de tesis, Rumeau, me proporcionó el ejemplo negativo, para todos perjudicial, de una excesiva humildad, prudencia y escrupulosidad: nunca publicó su tesis, admirable, sobre Mariano José de Larra; somos pocos los que la hemos consultado en su versión mecanografiada, accesible únicamente en la biblioteca de la Sorbona. No sé si hubiera aprobado que su ex doctorando, aprovechando la oportunidad de publicar pronto algunos artículos en una revista española, *Historia 16*, nacida a raíz de la muerte de Franco, se expusiera al desprestigio firmando artículos de vulgarización, desprovistos de pretensión y destinados a un amplio público más o menos profano. En realidad, creo que no hay que despreciar ese ejercicio porque, amén de obligar a utilizar un estilo suelto, ameno y asequible, supone a menudo un esfuerzo de síntesis normalmente exigible a cualquier investigador.

Así pues, para el investigador tal como lo concibo hay tela que cortar, porque el territorio por explorar que se abre delante de él es casi ilimitado. Le esperan los legajos de archivos, los libros, los manuscritos en las “salas de raros”, los manuales escolares, los folletos, los carteles, los almanaques, los grabados, las partituras de música, los museos de pinturas y de tradiciones populares, sin olvidar —quiero insistir sobre ese punto— la prensa.

En efecto, y aunque ese aspecto no se desprende de la selección de artículos presentados aquí, estoy persuadido, más que nunca, de que los diarios, periódicos y revistas españoles del periodo 1750-1850 son como una magnífica atalaya

que ofrece dilatados panoramas y vistas precisas sobre la cultura, la idiosincrasia, la vida real de un pueblo en su conjunto nacional o a escala de una provincia o de una ciudad. Una gaceta, un semanal, sobre todo en un periodo de relativa libertad de imprenta y expresión, constituyen una insustituible mina de informaciones, indicios y sugerencias, que dista mucho de agotarse, porque, salvo contadas excepciones, los investigadores no se han empeñado todavía en explorarla a fondo. Además, la prensa española posterior a la “ominosa década” ofrece al estudioso —algo que no se sabe bastante— un doble material: el texto, al que se suele prestar una atención exclusiva, y el acompañamiento iconográfico en forma de grabados y láminas (retratos, caricaturas, monumentos, paisajes, escenas, reproducciones de pinturas...), dignos de ser estudiados por sí mismos o en relación con el texto (complementaridad, superposición, acentuación...). Por supuesto, esa observación, pertinente cuando remite a la época del —pongamos por caso— *Semanario Pintoresco Español*, no viene a cuento si se refiere a la época ilustrada, en la que todavía la lámina y el grabado, por razones técnicas obvias, no han accedido todavía al estatuto que conseguirán en las publicaciones librerías y la prensa a partir de mediados del siglo XIX.

Se me puede objetar que el acercarse, con fin de estudio, a nada menos que la civilización española de la época ilustrada y romántica es un objetivo exageradamente ambicioso, por no decir descabellado o irrealizable. No todos los investigadores pueden imitar a Rafael Altamira que, con su capacidad de síntesis, había sido un pionero al escribir un pequeño compendio titulado *Historia de la Civilización española* (1932) en el que la formulación de los subtítulos señala que no se superponen exactamente los conceptos “civilización” y “cultura”. Me sitúo, más modestamente, en compañía de varios hispanistas de mi generación, “dieciochistas” o “diezynuevistas” (se me perdonará ese indispensable neologismo) que se han dedicado, o siguen dedicándose, a la “historia cultural” cuya área, amplísima, no tiene, sin embargo, el inmenso tamaño de la “historia de la civilización”. Por falta de preparación, no por desconsideración, esos historiadores de la cultura han dejado de lado muchos aspectos de la civilización (la literatura referida a la economía, a las ciencias exactas y aplicadas, las imágenes de la técnica y de la modernidad industrial...), pero han emprendido estudios eruditos e innovadores que resisten al paso del tiempo y a los embates de las modas pasajeras. Cada uno de esos hispanistas, que ya tienen discípulos, profundizó en temas culturales de señalado interés, como pueden ser la infra-literatura, las carteleras teatrales, la pintura, la educación popular, la beneficencia, la lectura, las bibliotecas, el control de las publicaciones...

Por cierto, el estudio de la economía (de su funcionamiento, del juego de los intereses, de su vinculación con la realidad social) supone una aproximación a unos personajes (ministros, banqueros, funcionarios reales, empresarios, navieros, negociantes...) mediante la cual esos estudios incluyen, en general, una

presencia, más o menos densa, del elemento humano (Véase el caso de Cataluña estudiada por Pierre Vilar o de la minería estudiada por Gérard Chastagnaret), pero la “historia cultural” provoca un cambio de proporciones entre el componente humano y el no humano (la realidad material, los factores condicionantes exteriores, la estadística...), porque esa historia sitúa en el primer plano, sin rival alguno, al ser humano inserto en una colectividad o descrito en su singularidad. Esta es otra de las dificultades que entraña la “historia cultural” tal como la entendemos, porque obliga a un constante e indispensable vaivén entre el personaje conocido (Jovellanos, Olavide, Cabarrús...) y el grupo (regional, generacional, político...) al que pertenece, preservando en él, o no, su señal de identidad individual. En efecto, la cultura es, en definitiva, colectiva; tiende a unificar y, al mismo tiempo, a expandirse y perpetuarse. Pasa lo mismo con la opinión pública, las modas, las corrientes literarias, la imagen de un país, un “carácter nacional”, un tópico, un prejuicio común... que son otras tantas nociones o realidades que interesan al historiador de la cultura. Pero, al mismo tiempo, en el transcurso de un amplio periodo de tiempo bonancible o incluso durante una breve época traumática (como lo fueron la Guerra Gran y la Francesada), la opinión pública y, más todavía, las expresiones literarias y artísticas, las prácticas religiosas, los divertimientos, las modalidades discursivas (el sermón, el pasquín, la tonadilla...), el léxico, etc. pueden evolucionar o sufrir rupturas bajo el efecto desestabilizador de las circunstancias o, en tiempos más tranquilos, bajo la influencia de algún personaje que descuella por su autoría, sus iniciativas espectaculares o su genialidad. De ahí la necesidad, en la “historia cultural”, de examinar comportamientos colectivos homogéneos o unificadores en el marco de la nación, de una provincia, de una ciudad, de una clase social, de un gremio..., pero sin abandonar los clásicos “études de cas” que tienden a individualizar, incluso a marginar, a unos personajes salidos del anonimato por tal o cual razón (Cabarrús, fray Alvarado, los afrancesados guipuzcoanos Romero y Aldamar durante la guerra contra la Convención...). La “historia cultural” no está reñida, pues, con las tradicionales biografías que, en este principio del milenio, responden a una demanda creciente del público. Pero confieso que, por inclinación personal, más que las biografías —a no ser que se trate de figuras tan excepcionales como Godoy, Cabarrús u Olavide— me interesa la “mirada del otro” o la “imagen del otro”, cuando ese “otro” es todo el pueblo de otra nación y cuando esa imagen, estabilizada o evolutiva, es el producto de un proceso complejo en el que se articulan o funden prejuicios ancestrales, tópicos, huellas de lecturas, vivencias personales y repercusiones de acontecimientos políticos o militares. Naturalmente, estoy pensando, otra vez, en ese intenso trasiego de opiniones, impresiones e imágenes, que se verificó en España a lo largo del periodo histórico considerado (1750-1850).

Aunque las consideraciones siguientes no hallan una ilustración cabal en los artículos que componen este libro, habiéndola hallado parcialmente en otra serie de antiguos trabajos míos que versan sobre la primera mitad del siglo XIX (en *Voir, comparer, comprendre – Regards sur l’Espagne des XVIII^e et XIX^e siècles*, Presses de la Sorbonne Nouvelle, París, 2003), me atreveré a caracterizar de manera sucinta y globalizadora mi visión de la cultura española de aquel periodo. Esa visión que se puede calificar de anti-casticista la comparto con mi ex colega de la Universidad de París III, Serge Salaün, con quien también compartía hasta el año 2000 la responsabilidad del grupo de investigación que se dedica al estudio de la cultura en la España Contemporánea (siglos XVIII, XIX y XX). Del coloquio franco-español que se celebró en mayo de 1998 nació un libro colectivo, titulado *Le métissage culturel en Espagne*, lleva en la contraportada un pequeño texto de presentación que voy a transcribir porque me parece condensar nuestra concepción poco ortodoxa y poco habitual de la cultura española. Cabe decir, en forma de salvedad, que esas apreciaciones se adecúan mejor a los siglos XIX y XX que al XVIII, que no estaba tan abierto como los siglos siguientes sobre el mundo exterior y que estaba más centrado sobre la dialéctica hispano-francesa. En ese pequeño texto se expone cómo los investigadores que participaron en el coloquio trataban de mostrar que “la pluralidad cultural de la España contemporánea se nutrió de abundantes alimentos que pidió prestados al extranjero, especialmente a Francia. Es sabido que esa diversidad ha sido ocultada o negada bajo el franquismo, y luego rehabilitada bajo la joven democracia. Tal corriente literaria, tal escuela pictórica, tal canción, procedentes de fuera, han contribuido a configurar, desde el siglo XVIII hasta hoy, una identidad cultural española. Esta se puede considerar, pues, como una amalgama o como un crisol. Su carácter eventualmente heteróclito no autoriza a hablar de una adulteración y, aún menos, de una desagregación de la hispanidad. El fenómeno de trasiego y mezcla, y la realidad de ese mestizaje bien podrían explicar, en contra de lo esperado, la riqueza y vitalidad de la cultura española, tanto la de hoy como la de ayer”.

Pero esa clase de discurso, ambicioso —quizá exageradamente— en su planteamiento y sus conclusiones, sólo lo podía concebir y atreverse a formular un investigador administrativamente jubilado, que ha salvado el umbral de los sesenta años y se acerca a la hora del balance de una vida en cuanto a la labor científica llevada a cabo; pero ese discurso no se ajusta —si diera la impresión de ajustarse, el autor incidiría en el fraude intelectual— a los artículos aquí presentados, redactados varios decenios antes de esa solemne profesión de fe transcrita en el párrafo anterior. Como lo pone de manifiesto la serie de artículos míos aquí reunidos y como lo confirmaría la lista de otros muchos que no figuran en esta especie de miniantología, repito, sin que eso se haya de considerar como un hábil alarde de simpática modestia o como una indirecta *petitio benevolentiae*,

que mi deambular de investigador por la época de la Ilustración y de la Revolución francesa no responde a un programa previo bien pensado y seguido de manera ordenada. Unos artículos son avances de estudios entonces en gestación, otros son productos derivados de estudios ya concluidos. Por ejemplo, el artículo con el título algo sorprendente e “historiográficamente incorrecto” “La Guerra Gran como prefiguración de la Guerra del Francés” se publicó en España con motivo de una efeméride excepcional en Francia, a los 200 años de la Revolución, justo cuando estaba preparando mi libro sobre *La guerra de España contra la Revolución francesa* (Alicante, 1991). En ese artículo pretendía aplicar a ese conflicto franco-español multiforme en que intervino la guerrilla, en que se puso en obra una “guerra de opinión” y en que se desvelaron en España personalidades regionales colectivas, el método que había adoptado para escribir la pequeña síntesis sobre *La Guerra de la Independencia* (Madrid, 1975). En el entrecruzamiento de esos dos estudios referidos a dos conflictos franco-españoles se sitúa, pues, el artículo aquí presentado que tiene ya más de diez años y aclara una de mis convicciones tocantes a la historiografía. En efecto, tengo por incuestionable que el procedimiento de la comparación entre dos fenómenos considerados (aquí dos conflictos armados) permite poner de relieve la especificidad de cada uno y revelar, en proporciones variables, continuidades, homologías, contrastes, rupturas, etc., en la génesis, el desarrollo y las repercusiones de esos fenómenos. A estas alturas, me faltan tiempo y ánimo para seguir por esa vía, pero no cabe duda, para mí, de que ese tipo de “historia comparada” o “historia contrastiva”, circunscrita, o no, al área española, sería fructífero si se tomaran en consideración la Guerra de Sucesión (a principios del siglo XVIII) y, luego, las Guerras Carlistas. Se examinarían entonces, entre otras cosas, el nacimiento, la evolución o la presencia continua de realidades como la guerrilla, el papel del clero, la actuación de la plebe, las manifestaciones de las particularidades regionales, la “explotación” literaria y artística de los acontecimientos (hagiografía, mitificación...), sin olvidar la interpretación o intervención del extranjero, puesto que mi condición de “no español”, que facilita la utilización de fuentes parisinas (pero que entorpece el acceso a las fuentes españolas), me pone en una situación favorable para estudiar la mirada que “el otro” echa sobre la historia peninsular. Esta es, precisamente, una de las características de mi acercamiento a la historia de España, o sea de mi ejercicio a veces acrobático que consiste en operar un vaivén entre el norte y el sur de los Pirineos para entender la realidad española, máxime cuando en el transcurso del siglo XVIII, por motivos que huelga recordar, la influencia francesa en España era excepcionalmente variopinta, profunda, a veces exclusiva en varios dominios, como lo evidenció Jean Sarrailh con un sistematismo cuyo exceso se denuncia en la actualidad por identificarse con un galocentrismo rayano en imperialismo intelectual. Desgraciadamente, el galocentrismo puede revestir una forma insidiosa, a la que no he sabido escapar

totalmente por culpa, entre otras cosas, de mi herencia universitaria. En efecto, de manera tardía, me di cuenta, gracias a la lectura de trabajos novedosos de historiadores peninsulares, de que durante los reinados de Carlos III y Carlos IV la potente y prestigiosa Francia de los tres Luises (XIV, XV y XVI) distaba mucho de ser la única en influir sobre España, ya que, a su lado o en contra de ella, también contaban —y eso aparece poco en mis trabajos— Inglaterra para el pensamiento político y económico, Prusia y Austria para el pensamiento político y filosófico, Italia para la música y las bellas artes, y otros países, en particular países europeos septentrionales y orientales. Eso no quita que el afrancesamiento bajo todas sus formas (el pensamiento, la cultura, las modas, el idioma...) haya sido un fenómeno sumamente original, intenso, aunque incapaz de destruir o erosionar el “zócalo” de la España tradicionalista e inmovible.

Mientras que los artículos agrupados bajo el título “España y la Revolución francesa” pertenecen a la filiación ascendente (desde el punto de vista cronológico) de mis publicaciones sobre la Guerra de la Independencia, otro grupo, centrado sobre la enseñanza formal y extraescolar (los catecismos), ha nacido de mi pertenencia, durante un decenio, al grupo de investigación (el CIREMIA) de la Universidad de Tours, que precisamente se dedicaba, de manera fructífera, al estudio de la enseñanza y la educación en España y América latina, desde la Edad Media hasta hoy. De ahí que, a pesar de mi nula preparación en las Ciencias de la Educación, me haya atrevido a esbozar algunas síntesis, por ejemplo sobre la actitud de los ilustrados ante el clero o la enseñanza de primeras letras, o a proponer unas modestas calas, por ejemplo sobre los catecismos, sin llegar a explorar, como lo solía hacer en otros dominios, fuentes documentales de primera mano. Pero ese prudente acercamiento me permitió, por lo menos, tener la confirmación de una realidad... evidente y de todos conocida, y es que, a espaldas del pensamiento ilustrado reformador, la institución eclesiástica encabezó un movimiento de resistencia dinámico y eficaz, lo que ayuda a entender por qué la Iglesia española, ni vulnerada profundamente, ni debilitada irreversiblemente por la ofensiva de los ilustrados, pudo situarse enérgicamente a la cabeza del combate antirrevolucionario en 1793 y antinapoleónico en 1808. Esa revelación, para mí, de la capacidad intacta de la Iglesia española para formular y difundir “la buena palabra” (religiosa, contrarrevolucionaria y galófoba durante la Guerra Gran) y una doble oportunidad que aproveché en 1989 (celebración en Francia del segundo centenario de la Revolución) y en 1991 (publicación de mi libro en Alicante) me llevaron así, no a contradecir a Manuel Núñez de Arenas, Gonzalo Anes, Antonio Elorza, quienes bajo el franquismo tuvieron el gran mérito de dar a conocer la existencia reconfortante de un pensamiento filo-revolucionario hispano, pero sí a tratar de explicar por qué esos valientes y admirables abanderados dieciochescos de un reformismo radical al sur del Pirineo se enfrentaron desdichadamente con los defensores acérrimos de la inexpugnable

fortaleza clerical. En efecto, por un Cabarrús, ¡cuántos anti-Cabarrús! Por un conde Aranda, ¡cuántos enemigos de Voltaire, de la francmasonería y de la divisa trina “Libertad - Igualdad - Fraternidad”! Y esa constatación puede alimentar el galocentrismo de los observadores: Francia, que, para la mayor parte de los ilustrados de la época de Carlos III, constituía un modelo insuperable, se convierte de repente, en 1793, en polo de repulsión para la casi totalidad de los reformadores españoles. A excepción de los “josefistas”, lo volverá a ser en 1808, tras unos años en que —retomando el título del libro de Emilio La Parra López— funcionó, mal que bien, “la alianza de Godoy con los revolucionarios”. Así que, de una forma u otra, Francia, más que cualquier otra nación europea, sirve de reactivo o de piedra de toque para España. De ahí la justificación argumentada que doy al interés prioritario que confiero a las relaciones multiformes entre España y Francia, desde la época ilustrada hasta la romántica.

Los otros dos artículos, emparejados, sobre la ciudad y los caminos españoles en la España ilustrada, si bien respondieron a una demanda circunstancial relacionada con el programa nacional de la “Agrégation” de español, también aclaran mi manera de aproximarme a la historia: lógicamente, los encargados de estudiar las ciudades y las vías de comunicación son los investigadores especializados en arquitectura y economía, y no los que procedemos del área de Filología y Letras; ahora bien, por ser un defensor de la pluridisciplina y un adversario de la ciencia fragmentada en compartimientos estancos y entregada al feudalismo científico, procuré mostrar que la ciudad es, a la par, un conjunto arquitectónico, un espacio de vida, un campo de experimentación de la sociabilidad, un diminuto universo autónomo, un telón de fondo, un palimpsesto, en suma una realidad compleja que pertenece conjuntamente a los ediles, vecinos, visitantes, políticos, soñadores, escritores... La literatura, en todos sus componentes (la descriptiva, la reformadora, la utópica, la satírica...), es digna, a mi parecer, de ser incluida en esa clase de estudios, porque brinda testimonios, múltiples y a menudo poco conocidos, acerca de las mentalidades colectivas, las modas, los tópicos, los prejuicios, las preocupaciones populares. Por otra parte, es una lástima que la formación universitaria tradicional que recibimos los hispanistas de mi generación nos dé, en general, unas escasas capacidades para incorporar, al lado de los escritos, los documentos iconográficos (grabados y pinturas) que completan, respaldan o invalidan los planteamientos discursivos.

LA CIUDAD ESPAÑOLA EN LA ÉPOCA ILUSTRADA: EL HORROR, LA ALABANZA Y EL SUEÑO*

Los historiadores suelen considerar que la ciudad ejerce, en diversos grados según las latitudes y las épocas, varias funciones: refleja una civilización, ofrece un marco para la vida social, es un lugar de intercambios, de producción, de consumo, es la sede de poderes.¹ Pero aquí, la ciudad española del siglo XVIII no se contemplará desde esos puntos de vista. Apenas se verá fugazmente cómo sus aspectos y mutaciones se vinculan al poder político y la vida cultural. El doble objeto de este estudio, cuya brevedad contrasta con la desmesura del tamaño sugerida por su título, es, a la par, la imagen que esa ciudad proyecta en España y fuera de ella, y la opinión que suscita, incluyendo algunas decisiones oficiales tomadas a su respecto.

En cuanto a la imagen, no escasea el material disponible; más bien sobra, porque, aunque la literatura descriptiva de las ciudades no es tan prolífica como lo será en el siglo siguiente durante la época romántica, los relatos de los viajeros extranjeros, principalmente franceses, italianos e ingleses, que recorren la península en el siglo XVIII, y a su lado algunos relatos de viajeros indígenas, aunque menos numerosos, ofrecen profusamente descripciones de ciudades. A principios del siglo XIX, José María Blanco White ya estima, con una exageración maliciosa, que otra nueva descripción de Madrid, centrada en los monumentos, dejaría una impresión desagradable de camino demasiado trillado:

No me gustan las descripciones, probablemente porque creo que no sirvo para hacerlas. Así que si quiere usted conocer cómo es esta villa —debe saber que a Madrid no la contamos entre nuestras ciudades— tendrá la bondad de dirigirse a Burgoing, Townsend o a cualquier otro viajero de profesión.²

* Publicado bajo el título “La ville espagnole à l’époque des Lumières: l’horreur, la louange et le rêve” en *Ville et campagne en Espagne au XVIII^e siècle* (Ouvrage collectif coordonné par Jean-Pierre Sánchez), Editions du Temps, Paris, 1997, pp. 126-154.

1. Véase G. LIVET, “Orientaciones y perspectivas”, *Pouvoir, ville et société en Europe, 1650-1750* (Colloque International du CNRS), Paris, 1981.

2. J. M. BLANCO WHITE, *Cartas de España*, Madrid, 1972, p. 254.

Blanco White, pues, no hablará de la Puerta del Sol y del Palacio Real, sino que se dedicará a la pintura costumbrista de la Corte. Ante una realidad urbana que ofrece a cualquier observador un doble componente —un marco arquitectónico y la población que se mueve dentro de él—, Blanco White prefiere centrarse en el elemento humano.

Otros observadores de la ciudad española harán lo mismo: privilegiando —al contrario de lo que haremos aquí— el estudio del comportamiento colectivo de los habitantes, aprehendido en lugares públicos o semipúblicos como la plaza, la calle, el paseo, la iglesia, el teatro, la plaza de toros, el café..., van a originar una literatura que se puede calificar de precostumbrista, si se admite que la literatura plenamente costumbrista llega a su apogeo sólo con Ramón de Mesonero Romanos. Pero ya en la segunda mitad del siglo XVIII la visita de una ciudad, en lugar de alimentar siempre descripciones minuciosas de monumentos, puede servir de pretexto para la evocación de tipos sociales o de categorías profesionales. Así procede Blanco White, que dedica la mayor parte de su décima Carta, escrita en Madrid, al retrato de los “pretendientes”.³ Así procede también el italiano Josef Baretti, más interesado en la gente del pueblo en Madrid (ciegos cantantes, majos...) que por los monumentos.⁴ Pasa lo mismo con Diego de Torres Villarroel que en sus *Visiones y Visitas...* describe más detenidamente distintas clases de individuos (alguaciles, prostitutas, emigrantes asturianos...) que los espacios que recorren.⁵

Ha de quedar claro, pues, que en toda esa abundante literatura descriptiva la ciudad, sobre todo Madrid, está presente a menudo, siquiera para proporcionar un inmediato entorno a esos personajes vistos en grupos o promovidos a la categoría de tipos.

¿Ha de significar esa advertencia que dicha literatura descriptiva a la búsqueda de lo pintoresco, a veces amenizada mediante toques de humorismo o de sátira, es ajena a las preocupaciones del historiador y del urbanista? No, por supuesto, ya que —como declara Georges Livet— “la literatura acude al socorro de la historia; resucita a través del viaje, del relato, de la evocación, y también

3. J. M. BLANCO WHITE, *Cartas...*, p. 275.

4. J. BARETTI, *Voyage de Londres à Gênes passant par l'Angleterre, le Portugal, l'Espagne et la France*, Amsterdam, 1777. Sobre Giuseppe Baretti, Norberto Caimo, Giacomo Casanova y Vittorio Alfieri se puede consultar, aunque el estudio toca apenas el tema de la ciudad, el libro de M. E. SORIANO PÉREZ-VILLAMIL, *España vista por historiadores y viajeros italianos (1750-1799)*, Madrid, 1980.

5. D. DE TORRES VILLARROEL, “Visiones y visitas de Torres con don Francisco de Quevedo por Madrid”, en *Costumbristas españoles. Estudio preliminar y selección de textos por E. Correa Calderón*, Madrid, 1964, t. I, pp. 374-458. Esta antología ofrece interesantes atisbos sobre Madrid, las costumbres en la Corte y la visión de la capital en los provinciales. Véanse en particular: I. DE LA ERBADA, “De los fantasmas de Madrid y estafermos de la Corte”, Salamanca, 1763, pp. 517-519; *El Censor*, t. II, 1781, pp. 546-551; “Un ingenio de esta Corte”, “Madrid por dentro y el forastero instruido y desengañado”, Madrid, 1784, pp. 552-570; “El impertinente”, “Cosas memorables que observé en Madrid”, *Diario de las Musas*, Madrid, 1790-1791, pp. 632-635.

mediante el juego de la memoria colectiva, del estereotipo (...). Poco a poco, la visión de la ciudad, objeto teatral en sí misma, viene a ser tan real como la ciudad misma”.⁶

La ciudad horrenda

La mención anterior de los “pretendientes” evocados de modo burlón por Blanco White nos recuerda que la ciudad europea del siglo XVIII, promovida capital de un Estado en general monárquico, y sede de la corte, constituye, desde mucho tiempo atrás, un tema literario convencional perteneciente a una literatura transnacional y edificante que ofrece muchas variaciones sobre la antinomia “ciudad o corte/campo o aldea”, o —retomando la clásica expresión hispánica— “menosprecio de corte/alabanza de aldea”. Me contentaré con apuntar aquí, remitiendo a un capítulo del estudio de Marc Martí,⁷ que varios escritores eminentes, como Tomás de Iriarte, Juan Meléndez Valdés y Juan Pablo Forner⁸ —este último pasado por alto por Marc Martí—, aunque centrando su sátira sobre la Corte donde triunfan las intrigas, la mentira y la maldad (Forner), donde se ostenta “la vana exterior magnificencia” (Iriarte), donde se rinde culto a la ociosidad, etc, ponen en tela de juicio indirectamente las ciudades donde se crían esos cortesanos parásitos. Como lo precisa Iriarte en la presentación de su égloga, “se van contraponiendo los bienes de la aldea a las incomodidades de la villa”;⁹ el deslizamiento desde la Corte hacia la villa permite así que la crítica de la Corte de sus habitantes (vida y mentalidad) incorpore la de la ciudad donde está ubicada la Corte y, por extensión, la de todas las grandes ciudades. Estas se transforman entonces en contramodelos. Pero esta literatura que explota hasta la saciedad la oposición entre la ciudad (o la corte) y la aldea (o el campo) es tan convencional y adocenada en la España del siglo XVIII que la dejaremos de lado. Además, se estimará que la repulsión inspirada por la(s) ciudad(es) es tan estereotipada y quizá tan carente de sinceridad y profundidad, a pesar de los vehementes acentos utilizados, que no procede buscar allí el motivo principal de la censura de la ciudad.

Con todo, no se abandonará a la ligera ese espacio urbano indefinido en sus coordenadas geográficas y temporales sin recordar muy someramente, sabiendo lo familiar que es el tema para los historiadores de las religiones y de las ideologías, que la Iglesia católica sigue juzgando severamente la ciudad, considerada como el espacio de todos los peligros, en contraste con el campo, espacio de la pureza más o menos preservada.

6. G. LIVET, “Orientaciones...”, p. 55.

7. M. MARTÍ, *Ciudad y campo en la España de la Ilustración*, Lleida, 2001, cap. X.

8. Véase en particular su “Sátira contra los vicios de la Corte”.

9. T. DE IRIARTE, “Idea general de la égloga”, *Poetas líricos del siglo XVIII*, BAE, Madrid, 1952, vol. LXIII, t. II, p. 46.

Así, los autores de sermones, al exaltar la palabra divina y vituperar los comportamientos humanos erráticos, suelen declarar la guerra a la ciudad y, más en concreto, al teatro y a la plaza pública donde tienen lugar las fiestas profanas (bailes, carnaval...). Esos espacios urbanos se convierten en otros tantos espacios propicios al pecado, donde la mala literatura (“libelos escandalosos” y “fábulas llenas de obscenidades”)¹⁰ circula libremente, como en Cádiz: allí la corrupción moral empeora, la gente acude a los “testimonios falsos, calumnias, profanaciones”, y los ricos ostentan un lujo ruinoso.

Esa temática no es exclusiva de tal o cual ciudad, pero esa imagen tan negativa no se aplica de la misma manera a Burgos o Toledo que a Bilbao o Cádiz. Esta última ciudad es una de las más aborrecidas por los defensores de una moral intransigente porque —como apuntan varios autores de sermones— “la gran variedad de naciones”, o sea las agrupaciones de negociantes, navieros y marineros pertenecientes a varios países, provoca “la contaminación de los moradores” y la proliferación de “criminales e inicuos” y de prostitutas. Los eclesiásticos han ido elaborando así su propia imagen diversificada de las ciudades españolas: las ciudades que llamaremos “levíticas” quedarán más o menos al amparo de las invectivas (Santiago de Compostela, Burgos...), mientras que los tiros se concentrarán sobre las ciudades portuarias, más abiertas a las influencias extranjeras (Cádiz, Valencia, Barcelona...).

Ha llegado, pues, el momento de inscribir el problema de la ciudad, sin los acostumbrados contrapuntos (aldea/ciudad, ciudad tradicionalista/ciudad extranjerizante), dentro de una perspectiva en lo posible exclusivamente española. Para tratar de entender por qué unas ciudades españolas y, a su cabeza, Madrid llegaron a inspirar sentimientos y opiniones extremadamente hostiles, se puede acudir a esa “leyenda negra antiespañola”, especialmente violenta en el siglo XVIII y que pone en la picota el (seudo) carácter español, al fanático Felipe II, la Inquisición, la colonización de América, el teatro, etc. Parece extraño que en su estudio dedicado a la “leyenda negra” referida a España¹¹ Ricardo García Cárcel, en el apartado “La España de los viajeros ilustrados”, no haya apuntado que la ciudad española había sido uno de los componentes de dicha leyenda, alimentada en particular por los visitantes extranjeros, no sólo franceses, que, como veremos más adelante, se complacen en mostrar que las ciudades españolas inspiran fuertes sentimientos de rechazo porque son lugares hacia donde afluyen individuos ruines, donde se plasman los vicios del carácter nacional y se levantan ciertos monumentos emblemáticos de un pasado ominoso, de un poder aborrecido o de una religión puesta en acusación.

10. J. ROMERO GONZÁLEZ, “El sermonario gaditano en la segunda mitad del siglo XVIII”, en P. FERNÁNDEZ ALBALADEJO y M. ORTEGA LÓPEZ (eds.), *Antiguo Régimen y liberalismo. Homenaje a Miguel Artola*, t. III: *Política y cultura*, Madrid, 1995, p. 614.

11. R. GARCÍA CÁRCEL, *La leyenda negra. Historia y opinión*, Madrid, 1992.

O sea que esa “leyenda negra” relativa a la ciudad española procede de presupuestos de orden ideológico que huelga examinar detenidamente. Es lícito odiar la ciudad española cuando lleva los estigmas demasiado visibles del Antiguo Régimen, de la tiranía monárquica o de la opresión espiritual achacable al catolicismo. Bastará que unos escritores franceses del último decenio del siglo XVIII se fijen en el número excesivo, en su opinión, de iglesias y conventos en una ciudad para que ésta les parezca desfigurada. Queda descartado, por ejemplo, que a Fleuriot, marqués de Langle, alias “Figaro”, le agrade Zaragoza con su Palacio de la Inquisición situado en medio de la ciudad y afeado por unos “muros amarillos, pardos, espesos y guarnecidos con torres que parecen tener cien pies de alto”;¹² el edificio de la Inquisición es, para el escritor francés, una especie de temible fortaleza medieval. Al español que se encarga de replicar a Fleuriot en su “*Dénonciation au public du voyage d’un soi-disant Figaro en Espagne, par le véritable Figaro*” le parecerá indispensable componer una imagen más amena del hotel (sic) de la Inquisición, excelentemente situado a orillas del río, carente de torres y fosos, y realizado por unos muros limpios y bien cuidados. Este ejemplo revela los efectos deformadores del presupuesto político-religioso: para Fleuriot, el edificio zaragozano, visto desde fuera, no puede ser sino feo y estremecedor. La ideología desplaza la estética, y es la ideología la que, en última instancia, moldea la imagen subjetiva de la ciudad.

El más alto grado, en intensidad, del sentimiento de rechazo hacia la ciudad española corresponde a la actitud de varios visitantes extranjeros,¹³ a punto —se diría— de marearse o de ponerse a temblar ante espectáculos asquerosos o alucinantes. No se llevan la palma, como era de prever, algunos franceses de tipo Fleuriot, sino un italiano y un inglés cuyas obras se tradujeron, naturalmente, al idioma francés. El primero, el padre Norberto Caimo, alias “El vago italiano”, después de alabar la capital española (“rica, floreciente, hermosa, muy poblada...”), arremete contra la suciedad de las calles, con una facundia sarcástica:

Por otra parte, no hay más que porquerías, objetos repugnantes y hediondez. En cualquier lugar que se encuentre uno, en las casas y en las plazas, al sol tanto como a la sombra, en carroza o andando, por todos los lados uno está como en las letrinas; y si, en el calorazo hirviente que hace en este momento, uno va caminando por la ciudad, va envuelto de continuo en torbellinos de polvo asqueroso, en medio de los cuales uno respira un aire emponzoñado por todas las inmundicias de la noche. No

12. J. M. G. FLEURIOT, marquis de LANGLE, *Voyage de Figaro en Espagne*, Saint-Malo, 1784, p. 6.

13. E. FERNÁNDEZ HERR, *Les origines de l’Espagne romantique. Les récits de voyages, 1755-1823*. Véase también, porque ofrece varios extractos de los relatos de viajes de Esteban de Silhouette, duque de Saint-Simon, Guillermo Manier, Norberto Caimo (sic) y Jacobo Casanova de Seingalt, la antología de J. GARCÍA MERCADAL, *Viajes por España*, Madrid, 1972.

existe agua aromática, ni azucena, ni Reina de Hungría, ni melisa, ni Sans-Pareille, ni esencia de Florencia, ni perfumes de Arabia que puedan atenuar los malos olores que allí se notan permanentemente(...).¹⁴

Escribiendo algunos años más tarde que el Padre Caimo, al inglés Henri Swinburne tampoco le agradan las calles españolas, “sinuosas y cubiertas de porquerías” en Sevilla y Córdoba y de una “hediondez inaguantable” en Cádiz, con la añadidura de la plaga nocturna de las ratas:

La cantidad de ratas que corren por las noches no se puede imaginar; unos rebaños enteros de esos bichos van y vienen continuamente, y su trajinar nocturno es extremadamente molesto para los que se pasean por la noche.¹⁵

Para Fleuriot existen por lo menos dos motivos para odiar a Zaragoza: además del edificio inquisitorial, hay que señalar el estado pésimo de las calles:

Excepto el Coso, todas las calles de Zaragoza son oscuras, tan estrechas, tan sucias, tan cenagosas que a mediodía no se ve nada en ellas y uno no sabe dónde poner el pie.

Prolijos detalles acerca de la espantosa suciedad de las calles madrileñas y de la escandalosa incuria achacable a los habitantes, los proporciona el marqués de San Adrián en su *Madrid por dentro* que da la impresión de estar cubierto de excrementos:

Dicen que es (el aire de Madrid) tan delgado y tan sutil, que la mierda (perdone usted, que así la llama Amb. Cal., lit. M.) que por las ventanas se arroja (ya ve también usted que es preciso pasar por el cuarto principal en muchas casas, para echarla) a el mismo instante se convierte en polvo y no hiede. Es tan refinada mentira ésta, como la que arrojan, fina. Hiede y rehiede, que es un juicio...¹⁶

Los progresos tocantes a la limpieza no parecen haber corrido parejas con las esperanzas que habían despertado las “providencias de Vandos de Policía” porque, todavía en 1805, el edicto publicado por el corregidor de Toledo reza lo siguiente:

(...) Las Calles y Plazas públicas de esta Ciudad (...) se hallan llenas de inmundicias y basuras, advirtiéndose muchas veces animales muertos, y otras asquerosidades, que al paso que ensucian la vista, y prospecto público, causan fetidez, y pueden ser perjudiciales a la salud pública.¹⁷

14. N. CAIMO, *Voyage d'Espagne fait en l'année 1755, traduit de l'italien par le P. de Livoy, Barnabite*, París, 1772, p. 140.

15. H. SWINBURNE, *Voyage de Henri Swinburne en Espagne, traduit de l'anglais*, París, 1787, p. 277.

16. C. DEL HOYO SOLÓRZANO, marqués de San Andrés, *Madrid por dentro* (1745) (Ed. de Alejandro Cioranescu), Tenerife, 1983, p. 156. A. DOMÍNGUEZ ORTIZ había estudiado ese texto, bajo el título “Una visión crítica del Madrid del siglo XVIII” en *Hechos y figuras del siglo XVIII español*, Madrid, 2ª ed. ampliada, 1980 (1ª ed. 1973), pp. 151-176.

17. Véase la reproducción del bando acompañada de un comentario en L. LORENTE TOLEDO, *Bandos y proclamas del Toledo decimonónico*, Toledo, 1996, pp. 36-37.

A ese Madrid donde, en opinión del marqués de San Andrés, “no se ve más que basura” y donde “más valor ha menester un hombre para andar en estas calles a pie que para salir a un desafío en los cantones”,¹⁸ afluyen individuos de baja ralea que convierten Madrid —como escribe Fray Martín Sarmiento en 1758 en *El porque sí y porque no*— en “una Babilonia donde están mezclados y confusos los pésimos, peores y malvados (...) con los hombres de bien”. Por individuo de baja ralea hay que entender “espión, ladrón, homicida, facineroso, judío, moro, hereje, vagabundo (...)”; a ellos se suman, citados en otro lugar de la obra, los “ladrones, bandidos y malvados”.¹⁹

En esta lista faltan —pero es verdad que no son, en principio, peligrosos o aborrecibles— los mendigos cuya proliferación sorprende a los extranjeros, y las prostitutas sobre las que faltan datos precisos y fidedignos.²⁰

Se pone de relieve —como acabamos de verlo— la suciedad y, por otro lado, la inseguridad. Una amenaza multiforme pesa, no sobre la vida de los transeúntes (ninguna mención de asesinato efectivamente perpetrado), pero sí sobre las bolsas codiciadas por los rateros y sobre los vestidos expuestos a las salpicaduras de lodo. Si hemos de dar fe a Swinburne, los robos son especialmente frecuentes en Cádiz donde los malvados tienen la osadía de enseñar unos papelitos en que invitan por escrito a las futuras víctimas a no oponer ninguna resistencia, so pena de verse de repente con un cuchillo a punto de clavarse en la garganta.²¹

Más corriente que el horror y el espanto en los relatos de los observadores extranjeros, es el desprecio ante la fealdad y las pruebas tangibles de una profunda decadencia que se remonta a un siglo aproximadamente.

La lectura, por ejemplo, de las *Lettres écrites de Barcelonne par le citoyen Chantreau* revela que el espectáculo de las ruinas que hacia 1820-1850 suscitará entre los escritores románticos tantas consideraciones histórico-filosóficas y tanta nostalgia o admiración fervorosa, sirve todavía, en ese final del siglo XVIII, para fortalecer la idea, malévola o afrentosa, de que España ha caído en una sima de decadencia. Por eso, Chantreau, que manifiesta una total indiferencia ante las magníficas reliquias del pasado, juzga severamente Tarragona porque, basándose en el espectáculo de una vida venida a menos, concluye que el pueblo español ha sido incapaz de proseguir la obra de los ocupantes romanos:

18. C. DEL HOYO SOLÓRZANO, *Madrid por dentro*, p. 173 y p. 157.

19. Fray MARTÍN SARMIENTO, *El porque sí y porque no* (ed. de Michel Dubuis, Nicole Rochemaix y Joël Saugnieux), “Textos y Estudios del siglo XVIII” n.º 17, Oviedo-Lyon, 1988, p. 50 y p. 66.

20. Sobre el tema de las prostitutas que nos lleva hasta los límites de nuestra área de estudio, se consultará la obra fundamental de J. SOUBEYROUX, *Paupérisme et rapports sociaux à Madrid au XVIII^e siècle*, 2 vol., Lille-Paris, 1978. Véase también el testimonio interesante de I. de ASSO en su *Historia de la Economía de Aragón*, Zaragoza, 1798, ed. facsimil: Zaragoza, 1983, pp. 219-220.

21. H. SWINBURNE, *Voyage...*, p. 287.

Las antigüedades que se pisan a cada paso (...) no dejan en la mente del filósofo que las contempla sino unas ideas desagradables a las que el tétrico silencio que reina en la ciudad y el estado de despoblación a que está reducida confieren un color verdaderamente lúgubre.²²

La alusión, sin descripción, a las ruinas romanas de Tarragona sirve para zaherir al pueblo español, indigno de su historia y desmemoriado hasta el punto de no respetar siquiera los nobles vestigios de su pasado.

La decadencia se manifiesta de distintas maneras en el medio urbano: aquí se compara, con una mal disimulada fruición, la enorme población de la Sevilla mora con la población inferior de la ciudad actual; allí se proclama que Burgos ofrece “la imagen de la pobreza, la holgazanería y la despoblación”;²³ en otro texto se constata que las tiendas están vacías y que ninguna barca circula por el Ebro.²⁴

Antonio Ponz, que en su *Viaje de España* se empeña en replicar a los viajeros extranjeros propensos a caer en una severidad excesiva, ha de admitir que Barcelona es una de las pocas ciudades españolas capaces de desmentir las acusaciones que apuntan a “la desidia, abandono, pereza, falta de industria”.²⁵ Quizá recuerde las exageraciones y mala fe de Fleuriot que, a propósito de Zaragoza, había escrito:

A la vista del gran número de carrozas, de la alta cantidad de criados, de la multitud de mendigos, uno tiene la impresión de que la mitad de la ciudad lo posee todo y que la otra no posee nada.²⁶

Así despunta el tema recurrente de la pobreza que hiere la sensibilidad de varios ilustrados españoles, entre ellos Jovellanos que en sus *Diarios* sugiere, sin atreverse a escribirlo, que la miseria que caracteriza Logroño bien se podría achacar al número excesivo de conventos en la ciudad.²⁷

La miseria no es más que la consecuencia de la falta de medios financieros que padecen el erario y los habitantes. De ahí una serie de penurias y una invasión de la mediocridad que a los extranjeros les inspira habitualmente desprecio y a los españoles, según los casos, desesperación, deseos impacientes o exasperación airada.

En el apartado “Abastos”, el marqués de San Andrés multiplica los ejemplos de malas costumbres profundamente arraigadas, de insuficiencias, fraudes y

22. P. N. CHANTREAU, *Lettres écrites de Barcelonne à un zélateur de la liberté, qui voyage en Allemagne* (...), París, 1792, p. 274.

23. J. F. BOURGOING, *Tableau de l'Espagne moderne*, 2ª ed., París, 1797, t. I, p. 37 (1ª ed., París, 1788).

24. J. F. BOURGOING, *Tableau...*, p. 4.

25. A. PONZ, *Viaje de España*, Madrid, 1772-1794, t. XIV, p. 6.

26. J. M. G. FLEURIOT, *Voyage de Figaro...*, p. 3.

27. G. M. DE JOVELLANOS, “Diarios”, *Obras*, BAE, Madrid, 1956, vol. LXXXV, t. III, pp. 263-264.

estafas, que llevan a un (ficticio) andaluz a estimar que Madrid no ha cambiado en el transcurso de doscientos años:

Créame usted que aun Madrid está, para muchísimas cosas, con su pelo y su lana cuando, aora dos siglos, era un villorio muy agreste (...). Y créa usted también que vale más un rinconcito de Cádiz o de cualquiera otro puerto de mar con comercio que cuatrocientos Madris.²⁸

En el siglo XVIII, más claramente que antes, los conceptos de “pobreza” y “fealdad”, a pesar de inscribirse en dos campos semánticos distintos (la economía y la estética), se aproximan hasta el punto de confundirse a veces. Por ejemplo, se escribe que las calles son feas porque los dueños de las casas carecen de recursos para mandarlas arreglar y revocar las fachadas; otros, para ahorrar, se niegan a gastar dinero para que alguien saque las basuras de la ciudad.

En otros textos la fealdad deriva exclusivamente de principios de estética y de gusto. Pasemos en silencio las innumerables afirmaciones perentorias que, malévolas o apriorísticas, quieren persuadirnos de que la fealdad se ha adueñado de tal o cual ciudad, desfigurando los monumentos religiosos (la catedral de Tarragona se distingue por un gusto pésimo, para Chantreau) y los edificios civiles. Para Antonio Ponz, si hay en Madrid tantas construcciones “disparatadas” (sic) —pues este epíteto caracteriza básicamente la fealdad, según él— es que “se han construido sin orden ni razón”:²⁹ esa es la doble exigencia fundamental. El puente de Toledo, edificado hacia 1732-1735, ilustra el credo del autor referente a la estética arquitectónica, pues allí han entrado en conflicto el equilibrio majestuoso del neoclasicismo y los extravíos de la imaginación:

Se compone este puente de nueve ojos. Sus pilares y arcos tienen grandeza y regularidad, porque allí no había proporción para que lo luciese el ingenio gótico-arábigo del maestro de obras; pero los remates de los pasamanos o antepechos, los pabelloncillos para dos estatuas y las torrecillas que hay a la entrada y la salida, son el término hasta donde pudo llegar lo extravagante de la imaginación. Vendrá tiempo en que se eche abajo todo; y cuando no se haga otra cosa, se dejará el puente liso y llano.³⁰

No extraña que el mismo epíteto peyorativo “extravagante” se halle en pluma de Jovellanos en su “Elogio de Don Ventura Rodríguez, arquitecto mayor de esta corte”: todo el Madrid construido o restaurado por los últimos Habsburgos le inspira un sentimiento de repulsión porque triunfaron entonces “la ignominia y el mal gusto” y “una corrupción general de principios”:

28. C. DEL HOYO SOLÓRZANO, *Madrid por dentro...*, p. 208.

29. A. PONZ, *Viaje...*, t. V-VIII, p. 17.

30. A. PONZ, *Viaje...*, t. V-VIII, p. 101.